

Raúl Gómez Jattín: poeta desacralizador

Luis Ernesto Lasso
Universidad Surcolombiana

*Arrojo mis soledades al Sinú.
Algunas se enredan en el pecho:
ésas las lloro lentamente.*

R. G. J.

1. Cartagena vibra con las reinas de belleza

En este mayo, el poeta más importante de nuestra generación –“Bloqueo”, “Desencanto”, o lo que sea– cumpliría 55 años si no hubiera optado por dejar la imposible vida. Años atrás lo reencontré en el Festival de Cine de Cartagena y no pude creerlo: el hombrazo elegante, de barba cuidada y risa limpia, con quien diez años atrás nos habíamos hermanado en la ruta que trazara el soñador Bateman, entre cafés y viejos recuerdos de cuando en el setenta llevara el teatro de la Jorge Tadeo a mis paisanos del Huila, en medio de la llovizna bogotana de La Candelaria, ahora era una enorme piltrafa: olía a mierda, y descalzo, baborreante, los ojos saltones desviados, la lengua trabada, me abrazaba para demandarme desayuno. Los chicos de la Nacional, con quienes gozábamos el Festival, se asustaron. Desprendido del asfixiante abrazo, lo presenté con orgullo. Lo vimos devorar todo y luego despedirse con un “chao, gordo”, un poco antes de que la camarera aspergiara ambientador. Años después se enteró del homenaje que haríamos en Neiva al Gabo

y quiso sumarse. Los riesgos eran altos: nadie sabría cómo controlarlo en tierras tan lejanas y calientes. Siete meses después nos enteramos de que se había arrojado a un autobús en su ciudad natal.

Intentar explicar su última decisión es correlativo al desentrañamiento de su poesía y a la comprensión de su vida. Como algunos, había derivado su búsqueda hacia zonas que le permitieran ligarse con los orígenes, la autenticidad. Leíamos sus poemas, de circulación casi clandestina en revistas de resistencia, para sorprendernos con el sarcasmo, celebrar los hallazgos de su “antipoesía”, pero no captábamos su ruptura de cánones poéticos solemnes, acartonados, unífonos, lo más conservador del subcontinente, salvo las citadas excepciones de Silva, De Greiff, algún Barba, Arturo. No lográbamos calar que estaba emparejando su arte con la vida, inaugurando así una postura en el país del “sagrado corazón” y de la violencia integral y permanente.

En menos de una década, Raúl libró solitario su guerra contra el maldecir de una poesía

Lo vimos devorar todo y luego despedirse con un “chau gordo”, un poco antes de que la camarera aspergiara ambientador. Años después se enteró del homenaje que haríamos en Neiva al Gabo y quiso sumarse.

exangüe y antinacional, una manera definitiva de apartarse del camino trillado, para hallar su otredad en el reconocimiento de lo mejor de su pueblo. No advertimos que en el propósito exorcizaba los lastres dominantes para asumir nuevas estructuras, lo que le acarrearía el desintegro, en medio del cerco incontenible: no se permite la diferencia. Ni la familia que urge dineros, ni los colegas que desdicen de la periferia, ni los amigos que manosean la cotidianidad, ni menos los detentadores que siguen demandando loas de los poetas. Construyéndose desde lo "picaresco" del entorno a lo trascendente de lo concreto, abre puertas insospechadas en las miméticas letras del país. Se patentiza en el camino medio de su producción, cuando arriba a poéticas de hallazgo inusitado:

Cualquier día
puede ser el día
que escriba el poema.
Un aspirante atento ruego
para atender las palabras
y que nada perturbe
la transcripción
de lo que piensa
el otro habitante de mi ser.
Quiero ser fiel
a quien dicta,
y quiero que quien lo lea
también lo sea.
Escribo palabras de otro
y otro lee esas palabras.
En el vértice estoy,
alcahueta y amigo,
compartiendo
con lo desconocido.

Desde lo oscuro –no la caverna platónica, no las esferas siderales que tocaron los mayores en su encuentro con el ocultismo–, el poeta se adentra para "transcribir" el testimonio que llegará a alguien de su misma lealtad, precisando el papel del poeta –tan aedo, tan chamán– en el alto relativismo de alcahueta amoroso, amigo en la autenticidad. En consecuencia, Raúl equipara poema y burro. Quienes conocían sus

prácticas zoofílicas y se refocilaban con el canto a la crica asnal, tal vez no advirtieron la hondura del símil, donde poema y burro están parejos en calificativos –fuerte, erótico, modesto, trabajador, ojos bellos, no hartado, barato y prescindible– que singularizan la misión del poeta, siempre tan endiosada, hasta endilgarle la prescindibilidad, después de haber cumplido su tarea común de fortaleza, erotismo, modestia, trabajo, belleza, amenidad y asequibilidad. ¿Cuántos poemas tienen esos dones? ¿Cuántos poetas quisieran escribir con esas facultades? No se llega a tal conciencia sino en la mirada enriquecedora de la perspectiva popular, donde el animal resulta tan indispensable y valioso como el regocijo de una puesta de sol o la celebración de una epifanía.

En su relación con el receptor, Gómez Jattín aporta más: no hay que comerles cuento a los poetas, "esos monstruos de soledad":

Los poetas, amor mío, son unos hombres horribles,
unos monstruos de soledad –evítalos siempre
comenzando por mí.
Los poetas, amor mío, son para leerlos.
Léelos –mas no hagas caso a lo que hagan
en sus vidas.

Pocas veces hallamos tan descarnada revaloración, donde los encabalgamientos más fuertes dan la clave del poema: predico sobre mí, también, pero demando respeto por las certezas y desdén por la imitación de sus (nuestras) vidas. La lucha por la originalidad que rompe la dicotomía arte / vida certifica el aserto.

En una ciudad donde se privatiza el mar, donde los turistas emporcadores de playas, murallas y tradiciones se unen en el desprecio a los patricios que olvidaron la Ciudad Heroica y a sus exponentes memoriosos –el Tuerto, Gabo, Obregón, Espinosa– para esperar cada año los banquetes del reinado nacional, en una ciudad tan amurallada para la conciencia nueva de la diversidad, la polifonía y lo auténtico, los diferentes radicales no pueden pervivir.

Construyéndose
 desde lo
 “picaresco” del
 entorno a lo
 trascendente de lo
 concreto, abre
 puertas
 insospechadas en
 las miméticas letras
 del país.

2. “Lo único con fuerza joven, originalidad,
 audacia, libertad y novedad”

Jaramillo Escobar

No cantó el poeta formado en los márgenes del Sinú a las “muchachas papandujas de provincia”, ni a las livianas aspirantes a corona, ni a los políticos venales. Se cantó a sí mismo, trifurcado entre sus yoes y el receptor, manera de urgir nuestra propia visión múltiple, así acabemos dañándonos en la interiorización desenmascaradora. Es la propuesta de su *Conjuro*:

Los habitantes de mi aldea
 dicen que soy un hombre
 despreciable y peligroso.
 Eso han hecho de mí
 la poesía y el amor.
 Señores habitantes:
 tranquilos,
 que sólo a mí
 suelo hacer daño.

Lesiona una concepción poética que descompone el yo, lo asimila a las calidades del noble bruto y termina proponiendo su contingencia; hiere una práctica amorosa que

supera el sexismo para entretejer el poema o recuperar los sueños de quien confundió, enlodada arribista, amor con venta de carne, tal como lo podemos observar en los textos subsiguientes:

Yo no quiero tu cuerpo de palabras vacías.
 Te amo así callado perdido entre nosotros
 mostrando esos tus ojos de ónice fulgente
 tu piel de caracola bella e indeseada.

Me gustaría deslumbrarte como una cometa
 y tensar de vez en cuando
 el hilo de mi admiración completa.

Te miro por las tardes con el pensamiento
 de que serás poema.

El amor que supera cuerpos ágrafos y pieles indeseadas, también trasciende el sexo para fijarse en canto de admiración neta. Raúl está construyendo un mundo distante de la usual complacencia en los ritos del “amor libre”; la propuesta es clara en *Un probable Constantino Kavafis a los 19*:

Esta noche asistirá a tres ceremonias peligrosas:
 el amor entre los hombres,
 fumar marihuana
 y escribir poemas.

Mañana se levantará pasado el mediodía,
 tendrá rotos los labios,
 rojos los ojos
 y otro papel enemigo.

Le dolerán los labios de haber besado tanto
 y le arderán los ojos como colillas encendidas
 y el poema tampoco expresará su llanto.

Si el erotismo destruye los clisés, incluso los de la homosexualidad, tanto como se bordean los límites del consumo de alucinógenos y de la escritura “libre”, él —tan homosexual, tan drogo, tan botaratas de sus poemas regalados en el malecón o cambiados por un bareto— construye su insularidad en la distancia de los compañeros infantiles que claudicaron en sus sueños, mientras el poeta asume solo la monstruosidad de la consecuencia, tal como lo vemos en *Poema*:

Qué te vas a acordar, Isabel,
de la rayuela bajo el mamoncillo de tu patio,
de las muñecas de trapo que eran nuestros hijos,
de la baranda donde llegaban los barcos cargados de...
Cuando tenías los ojos dorados
como pluma de pavo real
y las faldas manchadas de mango.

Qué va,
tú no te acuerdas.
En cambio yo,
¿no te han contado?
¿no lo notaste hoy?

Sigo tirándole piedrecillas al cielo,
buscando un lugar donde posar sin mucha fatiga el pie,
haciendo y deshaciendo figuras en la piel de la tierra
y mis hijos son de trapo y mis sueños son de trapo
y sigo jugando a las muñecas bajo los reflectores del
escenario.

Isabel, ojos de pavo real,
ahora tienes cinco hijos con el alcalde
y te pasea por el pueblo un chofer endomingado;
ahora que usas anteojos
cuando nos vemos me tiras un “Qué hay de la vida”
frío e impersonal,
Como si tuviera de eso.
Como si yo todavía usara eso.

Monstruosidad, sí, en tanto se mire del
aislamiento total —ya no se tiene, ya no se usa
eso: la vida— para asumirse lejos de la artificiosidad
reinante de los resignados. Ahí, en lo cotidiano,
con el lenguaje más coloquial, desdeñando las
imágenes afásicas, el poeta sigue empeñado en
la construcción del mundo otro: continuará
tirándole piedrecillas al cielo, destejendo figuras
y soñando muñecas de trapo. El contraste es
tan fuerte como universal. Ese mundo otro se
tejerá con sus amores y desamores, entrevistos
en la conformación colectiva, que precisa el
poeta en *El dios que adora*:

Soy un dios en mi pueblo y en mi valle
no porque me adoren,
sino porque yo lo hago,
porque me inclino ante quien me regala
unas granadillas o una sonrisa de su heredad.
O porque voy donde sus habitantes recios
a mendigar una moneda o una camisa y me la dan.

Porque vigilo el cielo con ojos de gavilán
y lo nombro en mis versos.
Porque soy solo.
Porque dormí siete meses en una mecedora
y cinco días en la acera de una ciudad.
Porque a la riqueza miro de perfil
y no con odio.
Porque tengo un compadre
a quien le bauticé todos los hijos y el matrimonio.

Porque no soy bueno de una manera conocida,
porque no defendí al capital siendo abogado,
porque amo los pájaros, la lluvia y su intemperie
que me lava el alma.
Porque nací en mayo.
Porque sé dar una trompada al amigo ladrón.
Porque mi madre me abandonó cuando precisamente
más lo necesitaba.
Porque cuando estoy enfermo
voy al hospital de caridad.
Porque sobre todo
respeto sólo al que lo hace conmigo,
al que trabaja
cada día su pan amargo y solitario y disputado.
Como estos versos míos que le robo a la muerte.

Los nuevos juglares andan correteando estos
versos por las ciudades de Colombia en guerra
y alguna muchacha los canta y graba sin
importarle el duro encabalgamiento, la anáfora
reiterativa que señala dones tan deslumbrantes
(pero no tan intelectuales) como los de Borges,
recuperados en la orilla del cardumen sinuano
por los hombres que disputan su pez agrídulce
al río de la vida, con el poeta, su burro y su
respeto.

3. *“Al hombre se le juzga por su utilidad. Notas
es lo único que tengo para mostrar”*

Leonardo

Diversos criterios ha suscitado la poesía de
Raúl. Desde la valoración alta de Jaramillo
Escobar, la apreciación del español De Ory
—“desbordada, febril, ubicada en la línea de
Kavafis, Cernuda y Vallejo”— hasta Jotamarío
—“Representas lo mejor de nuestra desmesura”—
y William Ospina, quien lo ve superando el

Lo saben los jóvenes que circulan sus textos en aulas y en orillas, quienes advierten en sus poemas la posibilidad desmitificadora, pero también el terreno que pierde la muerte, dado que el informe de Jattín nos aproxima, en últimas, a la vida otra para construir.

formalismo rígido, conquistando naturalidad y capacidad expresiva, para destacarlo en su postura humana: "Gran amigo, gran poeta y gran talento histórico". A él le había confesado, a despecho de las consejas usuales sobre su vida: "Soy el único poeta maldito que se acuesta temprano". Sin embargo, habría que mirar publicaciones oficiales y diarios, en donde la generosidad de sus más cercanos "amigos" puso de relieve las desviaciones de la norma, enfatizando en sus pequeñas trapacerías para negar la valía de su producción. La cima de tan indicadora postura es el premio nacional de testimonio sobre la vida y obra del poeta, signado por el moralismo más precario y el chismorreo más protervo.

Alguien capaz de descubrir tesoros como el de este *Poema*, antes de escribir los versos violentos que circulan a la espera de su sistematización y edición en la Cartagena que lo hizo tópico —hasta el extremo de que el Nobel le sugirió no buscar tratamiento en Cuba porque perdería su talento— merecería otro tipo de respeto póstumo, ya que no le fue tributado en su angustiosa, sacrificada vida:

Si las nubes no anticipan en sus formas la historia de los hombres,
si los colores del río no figuran los designios del Dios de las Aguas,
si no remiendas con tus manos de astromelias las comisuras de mi alma,
si mis amigos son una legión de ángeles clandestinos,
¡qué será de mí!

Cuando ni el amor ni la poesía ni la amistad son capaces de remendar el alma, en un país sin futuro, para recuperar el hombre, habría que disparar todos los poemas de dolor y desacralización, próximos a ese hermano loco que se cortara la oreja para demandar credibilidad, antes de preparar el camino ineluctable. Lo saben los jóvenes que circulan sus textos en aulas y en orillas, quienes advierten en sus poemas la posibilidad desmitificadora, pero también el terreno que pierde la muerte, dado que el informe de Gómez Jattín nos aproxima, en últimas, a la vida otra para construir.

hojas Universitarias.....